

DESTIERRO MÍTICO MEXICANO Y DESTIERRO CATALÁN: QUETZALCÓATL Y AGUSTÍ BARTRA

NOTA PREVIA: EL HOMBRE ANHELANTE DE FUTURO

Quetzalcóatl, el dios bueno, el nombre, el sacerdote desterrado de su reino por las trampas del dios de la oscuridad, Tezcatlipoca; desaparecido en las aguas del mar, para luego ascender al cielo y convertirse en lucero de la mañana. Su exilio y prometido retorno es equiparable al destierro español de la década de 1930, específicamente al del poeta catalán Agustí Bartra: sobreviviente de los rigurosos campos de concentración franceses, exiliado en Santo Domingo, La Habana y finalmente en México, donde publicó la mayor parte de su obra, y posteriormente regresó a su patria.

En su exilio mexicano, la mitología antigua mesoamericana le inspira el largo poema *Quetzalcóatl*, escrito inicialmente en catalán y terminado en castellano, donde recrea la riqueza de la metáfora, su obsesiva preferencia por la imagen, y la búsqueda de identidad universal del hombre en el destierro milenario de un dios tolteca. Tema mexicano poéticamente revivido por un ex soldado en el frente republicano, interesado por un pasado ajeno que haría propio. Con efusiva razón Eraclio Zepeda le diría al poeta catalán que era más mexicano que ellos, en una sesión en que Bartra leía un fragmento de su poema *Quetzalcóatl* a sus amigos del grupo La Espiga Amotinada.

La inmolación del rey sacerdote en el mar cautivó a Bartra como creador. Lo que nos cuenta la epopeya fragmentada acerca del origen, caída y destierro de Quetzalcóatl es la máscara mexicana de Agustí Bartra en su obra.

En el destino de *Quetzalcóatl*, Bartra proyecta la derrota republicana y en su destierro mira su propio éxodo como soldado. En su peregrinar, Quetzalcóatl deja huella de su grandeza; el poeta lo hace a través del verbo que deja memoria.

Bartra, en una entrevista al periódico *Unomásuno* (28 de julio de 1979), explica el interés por la leyenda mexicana y el porqué retorna con vasta profundidad este mito:

Seguramente *Quetzalcóatl* tenía que hacerlo un extranjero, un refugiado. Los mexicanos lo tenían demasiado cerca para poder elaborar un mito de proyección universal. La figura del nombre luz, la figura del fundador, tenía que ser creada de nuevo por el espíritu que supiera proyectar sus esencialidades desde una visión original y nueva que, apartándose de lo típico, moldeara una nueva figura que contradiciendo el mito y la historia, los conformaría; es decir, yo pretendía crear una figura de confluencia, dar una nueva validez al mito desde el punto de vista de la cultura occidental, que no solamente expresara mi propia biografía sublimada, sino la de nuestro tiempo.

Es así como el destierro mítico mexicano toma sentido y se entrelaza con el destierro republicano, y como el poema narrativo

Quetzalcóatl, de Agustí Bartra fusiona elementos antiguos mexicanos con elementos mediterráneos. Podríamos hablar de una nueva epopeya marcada por un cuidadoso manejo metafórico y una experiencia propia del mundo moderno, inspirada en una leyenda extraordinaria.

Bartra hace una interpretación del mundo literario náhuatl a través de su enorme fuerza verbal, heredada de la literatura occidental, brindándonos una explicación del hombre, sus ideas y su trascendencia.

Es a partir de esta relación que me permito citar a M. F. Guyard, cuando define este lazo multicultural como: «historia de las relaciones literarias internacionales» (Brunel, 1994:4). La relación entre el México antiguo y la España moderna peregrina. Esto da lugar a prescindir del nacionalismo literario en ambos casos y a subrayar el intercambio de valores de la civilización humana. La totalidad y universalidad que unen a las literaturas antiguas con las modernas.

Quetzalcóatl es el poema épico más elaborado del conjunto de la obra de Agustí Bartra, en razón de la vastedad del texto y a la complejidad del personaje central de la cultura mesoamericana que desarrolla filosóficamente con ardor poético, a través de inusitadas imágenes plásticas, con una estructura poética moderna, en la que incluye elementos de la poesía mexicana antigua. Como en trabajos anteriores del poeta, mezcla mitos mediterráneos y de la cultura maya. Así encontramos a Orfeo, cuando Quetzalcóatl baja al reino de los muertos por los huesos del hombre, convertido en hormiga negra que lleva el maíz a Tamoanchan, y la doncella maya Ixquic, junto con la dualidad creadora de la Madre Tierra que aparece constantemente, un viejo símbolo de los pueblos europeos y americanos. Bartra admira la universalidad del personaje, ensalza el mítico destino de Quetzalcóatl, porque es la misma fractura del hombre contemporáneo. Raúl Aceves, investigador y crítico de las literaturas nativas americanas, asegura que esta universalidad es compartida: «Quetzalcóatl no es tal, sino una máscara de Agustí Bartra, que tampoco es tal, sino una máscara de cada lector. Por eso decimos (Quetzalcóatl, Bartra y todos)...» (Aceves, 1991: 93). Agustí Bartra absorbe la poesía del México antiguo para reelaborarla conforme a su experiencia particular. Existe en su obra una fusión con lo mexicano y una gran similitud: la del poeta, el soldado, el transterrado, el hombre anhelante de futuro —como el lo dice en sus notas al poema— con el héroe cultural, el exiliado mítico, anhelante también, de futuro, que algún día volverá por el reino arrebatado.

LUIS MEDINA GUTIÉRREZ